

El Imperialismo en un Mundo Saturado: el Neomercantilismo y el Retorno del Juego de Suma Cero

Alberto Garzón Espinosa

En septiembre de 2010, la Guardia Costera japonesa detuvo a un buque pesquero chino cerca de las disputadas islas Senkaku. La respuesta no oficial de China consistió en suspender las exportaciones de tierras raras a Japón, un país cuya industria electrónica dependía por completo de ellas. La disputa fue breve: Japón liberó al capitán y China nunca reconoció formalmente el embargo. Sin embargo, aquel episodio se convirtió en un punto de inflexión geopolítico, al poner de manifiesto la enorme dependencia del mundo desarrollado respecto al monopolio de un único país sobre los minerales indispensables para las transiciones energética y digital. La interdependencia, que en su día se alabó como una virtud de la globalización, se había convertido en un arma y en una vulnerabilidad.¹

Este incidente fue un síntoma de una transformación estructural que está reconfigurando el orden mundial: el retorno de la geopolítica de suma cero en una era de crisis ecológica planetaria. El discurso del libre comercio, que durante décadas prometió prosperidad mutua, está siendo sustituido por el discurso de la seguridad nacional, el control de los recursos y la guerra económica. Las guerras arancelarias, las prohibiciones de



Dora Weiland (1892-?) En la imagen de Wietze se ve cómo se utiliza un cucharón manual para llenar barriles con el aceite que se ha acumulado en los fosos. Autor desconocido - Deutsches Erdölmuseum Wietze ([Erdöel Museum](#)), CC BY 2.5, [Link](#).

¹ ↪ Este relato sobre el embargo de tierras raras de 2010 se basa en Keith Bradsher, "Amid Tension, China Blocks Vital Exports to Japan," New York Times, September 22, 2010; Sophia Kalantzakos, "Between Rocks and Hard Places: Geopolitics of Net Zero Futures and the Tech Imperium," in Critical Minerals, the Climate Crisis and the Tech Imperium, ed. Sophia Kalantzakos (Cham: Springer, 2023), 3–25.

exportación de minerales críticos y las subvenciones industriales masivas —la Ley de Reducción de la Inflación, el Plan Industrial del Pacto Verde Europeo y «Made in China 2025»— constituyen la nueva normalidad de la economía mundial. Son una señal de que se han agotado los cimientos materiales sobre los que se construyó el imaginario de suma positiva del capitalismo neoliberal global.

La visión del comercio internacional como un juego de suma positiva —una visión que ha dominado el pensamiento económico desde David Ricardo hasta la Organización Mundial del Comercio— solo fue posible en unas situaciones históricamente específicas: la abundancia de energía fósil, la expropiación colonial de recursos y la externalización sistemática de los costes ecológicos hacia la periferia. A medida que esas situaciones se van erosionando, reaparece la lógica de suma cero del mercantilismo primitivo, no como un anacronismo —tal y como han argumentado algunos pensadores liberales—, sino como una respuesta racional a lo que el economista ecológico Herman Daly denominó un «mundo saturado».² El neomercantilismo del siglo XXI, lejos de suponer una ruptura con el imperialismo, es su forma actual. A continuación se recoge la genealogía intelectual y material de esta transformación, desde los debates mercantilistas de la Inglaterra del siglo XVII hasta la carrera por los minerales críticos en el siglo XXI, con el fin de demostrar que la crisis actual no es una ruptura, sino un retorno.

Dos Ontologías de la Riqueza

La historiografía del mercantilismo ha sufrido durante mucho tiempo la caricatura trazada por Adam Smith, quien lo describió como una doctrina confusa que confundía el dinero con la riqueza. En realidad, el pensamiento mercantilista no era ni una escuela unificada ni un simple conjunto de errores. Se trataba de un conjunto heterogéneo de prácticas y discursos desplegados por los Estados-nación emergentes a lo largo de tres siglos, unidos por una preocupación común: cómo asegurar el poder a través de la riqueza y la riqueza a través del poder.³

Dentro de esta heterogeneidad, el historiador económico Steve Pincus ha identificado una bifurcación de consecuencias duraderas.⁴ Centrando su análisis en la Inglaterra del siglo XVII, Pincus interpreta la Revolución Gloriosa de 1688 como el momento en que se cristalizó un debate de larga data dentro del pensamiento mercantilista: un debate entre quienes concebían el comercio como un juego de suma cero anclado en la riqueza territorial y quienes creían que un crecimiento económico sustancial generado por el trabajo humano era tanto posible como deseable. Aunque existía un amplio consenso sobre la necesidad de la intervención estatal, persistían profundos desacuerdos sobre los medios mediante los cuales Inglaterra podría enriquecerse, y estas divisiones se alinearon cada vez más con las líneas partidistas, sobre todo entre los tories y los whigs.

Por un lado se encontraba una tradición conservadora, asociada a la ideología tory, que concebía la riqueza como algo fundamentalmente finito. Dado que la tierra y las materias primas que de ella se obtenían constituían la medida última de la riqueza, y dado que estas eran limitadas por naturaleza, la prosperidad de una nación solo podía lograrse a expensas de otra. El oro y la plata se consideraban la forma más deseable —en efecto, la única— de riqueza. El

² ↩ Herman Daly, *Beyond Growth: The Economics of Sustainable Development* (Boston: Beacon Press, 1996).

³ ↩ Lars Magnusson, *The Political Economy of Mercantilism* (London: Routledge, 2015); Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System II: Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600–1750* (Berkeley: University of California Press, 2011).

⁴ ↩ Steve Pincus, “Rethinking Mercantilism: Political Economy, the British Empire, and the Atlantic World in the Seventeenth and Eighteenth Centuries,” *William and Mary Quarterly* 69, no. 1 (2012): 3–34; Steve Pincus, *1688: The First Modern Revolution* (Connecticut: Yale University Press, 2011). Dentro de la tradición marxista, los orígenes del capitalismo suelen situarse en la Inglaterra del siglo XVII, concretamente en la aparición de las relaciones laborales capitalistas en el sector agrario. Véase Robert Brenner, “Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe,” *Past & Present* 70 (1976): 30–75; Henry Heller, *The Birth of Capitalism: A 21st Century Perspective* (London: Pluto Press, 2011).

comercio era, por lo tanto, un juego de suma cero, y el papel del Estado consistía en acumular recursos mediante monopolios, expansión territorial y fuerza militar. Pincus traza esta perspectiva de forma concreta en la política imperial llevada a cabo bajo el reinado del rey Jacobo II, cuyo principal asesor, Josiah Child, concebía la riqueza como algo territorial y finito, y consideraba el comercio exterior como una feroz competencia internacional por unos recursos limitados.

Este enfoque no era mera ideología: se trataba de una descripción razonablemente precisa de las limitaciones materiales a las que se enfrentaban las sociedades agrarias, lo que hoy denominamos «la trampa malthusiana». E. A. Wrigley ha aportado la demostración más rigurosa de este punto.⁵ Las economías preindustriales eran economías orgánicas, limitadas por el ciclo anual de la fotosíntesis. La mayor parte de la energía utilizada por los seres humanos se basaba, en última instancia, en la fuerza muscular, que a su vez dependía de la disponibilidad de alimentos y de la capacidad productiva de una superficie terrestre finita. En un mundo así, la intuición de los torios de que la riqueza era, en última instancia, limitada constituía más una observación empírica que un error teórico. La riqueza, el poder y el territorio estaban indisolublemente vinculados, y la lucha por los recursos era, por necesidad material, casi un juego de suma cero.

Por otro lado, fue tomando forma gradualmente una tradición whig bien definida, que defendía que la riqueza podía generarse a través del trabajo humano y la industria. Desde principios del siglo XVII en adelante, la red colonial transatlántica de Inglaterra ya proporcionaba un importante impulso económico, sobre todo a través de los mercados en expansión creados para los fabricantes ingleses. Esta conexión colonial permitió a Inglaterra aliviar las restricciones «malthusianas» al acceder a mano de obra y tierras en el extranjero. Al mismo tiempo, el contraste entre España —inundada de plata colonial, empero económicamente estancada— y las Provincias Unidas y Venecia, pobres en recursos pero prósperas gracias a la manufactura, parecía demostrar que la industria humana, más que la naturaleza por sí sola, podía ser la fuente principal de riqueza. Así, los productos manufacturados, más que la tierra, pasaron a considerarse la fuente principal de riqueza y poder, lo que implicaba la posibilidad de un crecimiento económico prácticamente ilimitado.⁶

La implicación más profunda era que, si la industria podía crear valor más allá de lo que proporcionaba la tierra por sí sola, el comercio no tenía por qué ser un juego de suma cero. El triunfo de esta ontología whig se consolidó posteriormente en la economía política clásica, respaldada por el argumento de John Locke de que la mayor parte de la riqueza era creada por el trabajo y no por la naturaleza. Aunque los autores clásicos continuaron reconociendo ciertas limitaciones naturales (en particular John Stuart Mill, Thomas Robert Malthus y Ricardo), esta idea siguió siendo fundamental para la tradición.⁷ Dentro de este marco, la manufactura adquirió un papel distintivo debido a su

⁵ ↪ E. A. Wrigley, *The Path to Sustained Growth: England's Transition from an Organic Economy to an Industrial Revolution* (Cambridge: Cambridge University Press, 2016). Also see E. A. Wrigley, *Energy and the English Industrial Revolution* (Cambridge: Cambridge University Press, 2010).

⁶ ↪ El caso de España ocupó un lugar central en el pensamiento mercantilista temprano. Tal y como han señalado Erik Reinert y Sophus Reinert, el fracaso de España demostró que «la riqueza abandonaba a las naciones productoras de materias primas —incluso si dichas materias primas eran oro y plata— y se acumulaba en las naciones que contaban con un sector de manufactura diversificado»: Erik S. Reinert and Sophus Reinert, “Mercantilism and Economic Development,” in K. S. Jomo and Erik S. Reinert, *The Origins of Development Economics* (London: Zed Books, 2005), 1–23. Esto es algo de lo que incluso los economistas españoles se quejaban amargamente. En 1558, Luis Ortiz lamentaba que los extranjeros «nos traten peor que a los indios», ya que los países europeos traen productos de manufactura a España, mientras que los españoles exportan materias primas —lana, seda y productos similares—: Luis Ortiz, *Memorial del contador Luis Ortiz a Felipe II* (Madrid: Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 2020).

⁷ ↪ Los economistas políticos clásicos reconocían una serie de limitaciones naturales fundamentales: la escasez de tierra como factor de producción finito; los rendimientos decrecientes en la agricultura a medida que el cultivo se extiende a suelos menos fértiles; y, en particular, según John Stuart Mill, la perspectiva de un estado estacionario en el que la acumulación de capital se ralentiza y el crecimiento económico acaba estabilizándose. A pesar de ello, por lo general consideraban que la manufactura era cualitativamente distinta de la agricultura, asociándola con rendimientos crecientes y considerándola el motor principal de la expansión económica sostenida. David Ricardo, *On the Principles of Political Economy and Taxation* (Cambridge: Cambridge University Press, 1962 [1817]); John Stuart Mill, *Principles of Political Economy* (Indiana: Liberty Fund Inc., 2006 [1848]).

asociación con los rendimientos crecientes a escala: es decir, duplicar los insumos —como el capital o la mano de obra— podía generar un aumento de la producción superior al proporcional. Esto transformó a la manufactura en una fuente de riqueza aparentemente autónoma, a pesar de su dependencia subyacente de la extracción de recursos naturales de otros lugares. En consecuencia, se convirtió en la piedra angular del pensamiento sobre el desarrollo y en el precursor intelectual de la tradición desarrollista en sentido amplio.⁸

Empero, este cambio no fue meramente una elección filosófica, sino que se hizo plausible gracias a una transformación material. Tal y como ha argumentado Wrigley, la Revolución Industrial supuso, en esencia, una transición de la economía orgánica a una economía basada en los combustibles fósiles, que aprovechaba milenios de energía solar almacenada. Lo que invalidó históricamente la predicción «malthusiana» no fue un error teórico, sino un acontecimiento que no se podía haber previsto al inicio de la Revolución Industrial: el acceso masivo a las reservas de energía fósil acumuladas a lo largo de eras geológicas. La Revolución Industrial pareció romper la limitación de recursos mediante una doble sustitución: de los materiales orgánicos a los minerales, y de los flujos de energía solar a las reservas de energía fósil.⁹ En 1800, Gran Bretaña consumía tanto carbón que sustituirlo por madera habría requerido más de un tercio de toda la superficie de Inglaterra para su obtención; en 1827, más del 150 por ciento.¹⁰

Kenneth Pomeranz ha demostrado, mediante una comparación meticulosa entre Inglaterra y el delta del Yangtsé, que sin el carbón y las «superficies fantasma» coloniales —tierras situadas físicamente fuera de un país pero que contribuyen a su economía como si formaran parte de él—, Gran Bretaña habría permanecido atrapada en las mismas limitaciones ecológicas que China en el año 1800.¹¹ En consecuencia, la promesa whig de un crecimiento infinito se sustentaba en la energía fósil y la extracción de recursos coloniales, situaciones que la economía clásica y neoclásica daría posteriormente por sentadas, y que el siglo XXI ya no puede dar por sentadas.

Lo que sugiere esta reconstrucción histórica es que la aparente transición de una concepción de la riqueza de suma cero a otra de suma positiva no fue simplemente un avance teórico, sino la expresión de una configuración material temporal. La cuestión, pues, es cómo se naturalizó esta configuración en la teoría económica —y qué ocurre cuando sus fundamentos materiales ya no están presentes.

El Supuesto Fósil y la Ilusión de la Suma Positiva

La consolidación de esta ontología whig en la teoría económica formal alcanzó su forma más influyente en la teoría de la ventaja comparativa de Ricardo, formulada en 1817: el paso teórico decisivo que transformó el mercantilismo de suma cero de la tradición tory en el liberalismo de suma positiva que dominaría los dos siglos siguientes.¹² Ricardo sostenía que incluso las naciones menos desarrolladas podían beneficiarse del comercio si se especializaban en bienes en los que poseían una ventaja de eficiencia relativa. El comercio dejó así de ser un campo de batalla y pasó a entenderse como un juego cooperativo. En este marco, desapareció la distinción entre los diferentes tipos de actividad económica, a pesar de haber sido un supuesto fundamental de la tradición mercantilista y, más tarde, del pensamiento sobre el desarrollo.

⁸ ↪ Reinert and Reinert, “Mercantilism and Economic Development.”

⁹ ↪ Kozo Mayumi, “Temporary Emancipation from Land: From the Industrial Revolution to the Present Time,” *Ecological Economics* 4, no. 1 (1991): 35–56.

¹⁰ ↪ Enric Tello-Aragay and Gabriel Jover-Avellà, “Economic History and the Environment,” in Mauro Agnoletti and Simone Neri Serneri, eds., *The Basic Environmental History*, vol. 4 (New York: Springer, 2014), 31–78.

¹¹ ↪ Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy* (Princeton: Princeton University Press, 2021 [2000]).

¹² ↪ Nat Dyer, *Ricardo's Dream* (Bristol: Bristol University Press, 2025); Ricardo, *On the Principles of Political Economy and Taxation*.

No es casualidad que esta teoría ricardiana surgiera precisamente cuando Gran Bretaña había consolidado una superioridad industrial sin precedentes históricos, basada en tres pilares interrelacionados: la ventaja tecnológica que le confería la Revolución Industrial y la explotación masiva de los combustibles fósiles; la supremacía marítima garantizada por la Royal Navy; y el control sobre las redes comerciales mundiales que estructuraban la nueva economía mundial.¹³ Para 1815, Gran Bretaña ya no necesitaba protección económica para sus industrias. En ese contexto, las anteriores instituciones mercantilistas dejaron de ser necesarias, y el Imperio Británico comenzó a dismantlarlas: el monopolio comercial sobre la India se suprimió en 1813 y el monopolio sobre China en 1833, mientras que a finales de la década de 1840 se derogaron las Leyes de Navegación y las Leyes del Trigo, allanando el camino para la era del libre comercio.¹⁴

La historiografía crítica del Imperio Británico lleva mucho tiempo poniendo al descubierto la cara oculta y coercitiva de este orden liberal. John Gallagher y Ronald Robinson, en su influyente ensayo de 1953, demostraron que la violencia del Imperio no desapareció con la abolición de los monopolios coloniales, sino que se reconfiguró: la apertura forzosa de los mercados, el control financiero, los tratados desiguales y la dependencia comercial sustituyeron a las antiguas compañías mercantiles.¹⁵ Las Guerras del Opio contra China (1839-1842 y 1856-1860), la destrucción de la industria textil de la India y la imposición de tratados de «libre comercio» a Brasil, Persia, Siam y el Imperio Otomano ilustraron que el comercio liberal funcionaba tanto mediante la fuerza como mediante la persuasión. Tal y como ha argumentado John Bellamy Foster, no tiene sentido establecer una distinción entre imperialismo formal e informal; lo fundamental es que el imperialismo ha sido inherente al capitalismo desde sus inicios, y que los Estados imperialistas —con el respaldo de las grandes empresas— han ejercido un control informal siempre que ha sido posible y un control formal cuando ha sido necesario.¹⁶

Sin embargo, todo el marco del comercio como juego de suma positiva se basaba en lo que podríamos denominar un supuesto «fósil» no explícito: la presunción de que la energía y los materiales eran tan abundantes que resultaban, de hecho, ilimitados. Gran Bretaña podía obtener todas las materias primas necesarias para la producción nacional porque había construido una enorme red colonial, tanto formal como informal, en todo el mundo. Otros países carecían de tales ventajas. De hecho, no todos siguieron las recetas del libre comercio: Estados Unidos, Japón y Alemania aplicaron estrategias neomercantilistas que resultaron eficaces para desarrollar sus economías durante la Segunda Revolución Industrial.¹⁷ Cuando estas potencias emergentes comenzaron a competir por los recursos a finales del siglo XIX, las rivalidades dieron lugar a lo que los marxistas clásicos denominaron «nuevo imperialismo». En ambos casos —el del libre comercio y el neomercantilista— se entendía que el poder económico derivaba del desarrollo del sector de la manufactura, el cual, a su vez, dependía de la capacidad de apropiarse de materias primas de otros territorios.

Empero, los rendimientos crecientes a escala de los que parecía disfrutar el sector de la manufactura —sistematizados por Nicholas Kaldor en sus célebres leyes del crecimiento y extendidos al comercio internacional mediante el modelo de crecimiento limitado por la balanza de pagos de Anthony Thirlwall— no son una propiedad intrínseca de la industria humana.¹⁸ Se trata de un fenómeno históricamente contingente, hecho posible por la incorporación a gran escala de

¹³ ↪ Ha-Joon Chang, *Kicking Away the Ladder: Development Strategy in Historical Perspective* (London: Anthem Press, 2002).

¹⁴ ↪ Harry Magdoff, *Imperialism: From the Colonial Age to the Present* (New York: Monthly Review Press, 1978).

¹⁵ ↪ John Gallagher and Ronald Robinson, "The Imperialism of Free Trade," *Economic History Review* 6, no. 1 (1953): 1–15.

¹⁶ ↪ John Bellamy Foster, "Introduction," in Harry Magdoff, *Imperialism Without Colonies* (New York: Monthly Review Press, 2003), 1–15.

¹⁷ ↪ Chang, *Kicking Away the Ladder*.

¹⁸ ↪ Nicholas Kaldor, *Causes of the Slow Rate of Economic Growth of the United Kingdom* (London: Cambridge University Press, 1966); Anthony P. Thirlwall, *Economic Growth in an Open Developing Economy* (Cheltenham: Edward Elgar, 2013).

combustibles fósiles en el proceso productivo y, por lo tanto, vinculado a algo finito. Todo el sector de la manufactura se sustenta en la apropiación de materias primas como insumos, independientemente de si estas se obtienen a través de mecanismos de mercado o por medios militares. Esto vincula el nivel de desarrollo económico a la capacidad de captar energía y recursos naturales de otros lugares —una conexión que sustenta el Intercambio Desigual—. Como ha argumentado Alf Hornborg, el descuido generalizado de este punto conduce a un fetichismo de la máquina: la atribución a la tecnología de poderes productivos que, de hecho, se derivan de flujos asimétricos de recursos.¹⁹

Las implicaciones son de gran alcance para el imaginario del desarrollo. Si la industrialización que dio lugar a la «gran divergencia» entre países ricos y pobres no dependió de instituciones superiores ni de una cultura emprendedora, sino del acceso a fuentes de energía excepcionales y de la expropiación violenta de territorios coloniales, entonces el modelo no es reproducible. La visión del comercio como un juego de suma positiva, por lo tanto, no surgió de la nada. Estaba respaldada por un régimen históricamente específico de energía y expropiación imperial. Una vez reconocido esto, la persistencia de las desigualdades globales se presenta como una característica estructural del propio sistema.

Imperialismo y El Intercambio Desigual

Si la promesa de suma positiva de la industrialización dependía de la expropiación de recursos procedentes del exterior, entonces el comercio internacional nunca fue el intercambio neutral que imaginaba la teoría ricardiana. Fue, desde el principio, un mecanismo de transferencia asimétrica: una estructura a través de la cual la energía, los materiales y la capacidad de carga ecológica experimentaban un flujo sistemático desde la periferia hacia el centro. La tradición del Intercambio Desigual, desde sus formulaciones clásicas hasta sus extensiones ecológicas contemporáneas, ha puesto esto de manifiesto.

La relación entre el capitalismo industrial y el imperialismo fue la preocupación central de los análisis marxistas clásicos de V. I. Lenin, Rosa Luxemburgo y Nikolái Bujarin. Como ha señalado Foster, estos análisis constituyeron una respuesta a un período de inestabilidad internacional marcado por el declive de Gran Bretaña como potencia hegemónica y el auge de naciones rivales, especialmente Alemania y Estados Unidos, lo que condujo a los conflictos que culminaron en las dos guerras mundiales.²⁰ Lo que la tradición marxista clásica comprendió, y lo que la economía dominante ignoró sistemáticamente, fue que la expansión del capitalismo era inseparable de la expropiación de los recursos y la mano de obra de las zonas periféricas.

La obra «El Intercambio Desigual» (1969), de Arghiri Emmanuel, proporcionó el mecanismo teórico: el comercio internacional reproduce una transferencia sistemática de valor de las economías con salarios bajos a las de salarios altos, no a pesar del mercado, sino a través de él.²¹ La división global del trabajo no es un equilibrio satisfactorio de ventajas comparativas, tal y como imaginaba Ricardo, sino una estructura de explotación arraigada en el propio sistema de precios. Emmanuel demostró que el “intercambio equitativo”, en el sentido de tiempos de trabajo equivalentes, se ve vulnerado precisamente porque los salarios en la periferia se mantienen muy por debajo de los del centro, mientras que la movilidad del capital tiende a lograr la homologación de los tipos salariales. El resultado es que los países periféricos transfieren el excedente al centro con cada transacción.

¹⁹ ↪ Alf Hornborg, *The Magic of Technology: The Machine as a Transformation of Slavery* (London: Routledge, 2023).

²⁰ ↪ John Bellamy Foster, “The New Imperialism of Globalized Monopoly-Finance Capital,” *Monthly Review* 67, no. 3 (July–August 2015): 1–22.

²¹ ↪ Arghiri Emmanuel, *Unequal Exchange* (New York: Monthly Review Press, 2025 [1972]).

Sin embargo, el análisis de Emmanuel, a pesar de su gran alcance, se mantuvo dentro del ámbito del valor medido en tiempo de trabajo, y la dimensión ecológica del imperialismo brillaba por su ausencia en estas formulaciones clásicas. Dos avances teóricos resultarían decisivos para colmar esta laguna. El primero fue la demostración de Nicholas Georgescu-Roegen, en «La ley de la entropía y el proceso económico» (1971), de que la actividad económica es, en esencia, una transformación de recursos de baja entropía en residuos de alta entropía —un proceso irreversible regido por la segunda ley de la termodinámica—.²² Georgescu-Roegen demostró que el tratamiento económico habitual de los recursos naturales como insumos con capacidad de sustitución constituía un error profundo: la materia y la energía, una vez degradadas, no pueden reconstituirse. Esto significaba que el flujo de materia de la economía estaba sujeto a límites biofísicos absolutos —límites que el sistema de precios, orientado hacia el valor de cambio, era estructuralmente incapaz de registrar.

La segunda fue la recuperación por parte de Foster del concepto de "fractura metabólica" de Karl Marx, que integraba la ecología en la teoría marxista del imperialismo.²³ Marx había observado que la separación industrial entre la ciudad y el campo alteraba el ciclo de nutrientes del suelo: los alimentos se transportaban desde las zonas rurales a las ciudades, se consumían y sus residuos se vertían a los ríos en lugar de devolverse a la tierra. Foster generalizó esta idea: el capitalismo genera sistemáticamente fracturas metabólicas entre la sociedad humana y el Sistema Tierra, y estas fracturas no son subproductos accidentales, sino situaciones necesarias para el proceso de acumulación. El «nuevo imperialismo del capital financiero monopolista globalizado», como lo ha denominado Foster, opera precisamente a través de la expropiación de la naturaleza en la periferia y la externalización de los costes ecológicos.²⁴

En conjunto, estas dos líneas de análisis —la termodinámica y la marxista-ecológica— permiten replantear El Intercambio Desigual no solo como una transferencia de valor en tiempo de trabajo, sino como una transferencia de riqueza biofísica: energía, materiales y espacio ecológico. A raíz del trabajo pionero de Stephen Bunker sobre los impactos ecológicos de la extracción de recursos, se ha desarrollado un corpus sustancial de investigación en torno al concepto de Intercambio Ecológico Desigual. En efecto, Hornborg ha sostenido que la eficiencia tecnológica de las principales zonas económicas del mundo depende, en última instancia, de las importaciones netas de recursos incorporados procedentes de las periferias extractivas. Joan Martínez Alier, al desarrollar el concepto del «ecologismo de los pobres», ha demostrado cómo los conflictos ecológicos en el Sur Global son inseparables de estos flujos materiales asimétricos.²⁵ Los países periféricos exportan energía y mano de obra incorporadas en las materias primas; importan productos de la manufactura cuyos costes ecológicos se han trasladado a otros lugares.

Estudios empíricos recientes han cuantificado la magnitud de esta fuga. Jason Hickel y sus colaboradores han estimado que, solo entre 1990 y 2015, se apropiaron del Sur Global aproximadamente 242 billones de dólares (en dólares constantes de 2010) a través del Intercambio Desigual.²⁶ La prosperidad del Norte no se basa únicamente en la explotación en el sentido marxista clásico; se sustenta en el saqueo ecológico —en lo que Ulrich Brand y Markus Wissen han denominado el «modo de vida imperial»: un modelo de producción y consumo en el Norte Global que depende estructuralmente de la apropiación desproporcionada de la naturaleza, la mano de obra y los sumideros

²² ↪ Nicholas Georgescu-Roegen, *The Entropy Law and the Economic Process* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1971).

²³ ↪ John Bellamy Foster, *Marx's Ecology* (New York: Monthly Review Press, 2000).

²⁴ ↪ Foster, "The New Imperialism of Globalized Monopoly-Finance Capital."

²⁵ ↪ Hornborg, *The Magic of Technology*; Joan Martínez Alier, *The Environmentalism of the Poor* (Cheltenham: Edward Elgar, 2003).

²⁶ ↪ Jason Hickel, Christian Dorninger, Hanspeter Wieland, and Intan Suwandi, "Imperialist Appropriation in the World Economy: Drain from the Global South through Unequal Exchange, 1990–2015," *Global Environmental Change* 73 (2022).

ecológicos de otras regiones.²⁷ La suposición implícita sobre los combustibles fósiles que sustentaba el imaginario de suma positiva resulta, por tanto, haber sido, desde el principio, una suposición de expropiación imperial.

El Mundo Saturado y el Retorno del Juego de Suma Cero

El paso de una dinámica de suma positiva a una de suma cero puede entenderse a través de un mecanismo sencillo, aunque a menudo pasado por alto. A medida que los límites biofísicos se hacen más estrictos —debido al agotamiento de los recursos, la saturación de los sumideros y la degradación ecológica—, aumenta el coste marginal de ampliar el flujo de materiales. En estas situaciones, el crecimiento continuo de una región depende cada vez más de la expropiación de recursos, energía y espacio ecológico de otros lugares. Lo que parece cooperación en situaciones de abundancia se convierte en competencia en situaciones de escasez. Los Estados, a su vez, responden asegurándose el acceso a recursos estratégicos, reorganizando la producción y, cuando es necesario, recurriendo al poder coercitivo. El retorno de la geopolítica es, por tanto, un ajuste sistémico a los límites materiales.

La tradición del Intercambio Desigual pone de manifiesto que la prosperidad del centro siempre ha dependido de la externalización de los costes ecológicos. Pero, ¿qué ocurre cuando ya no existe un «exterior» al que se puedan trasladar esos costes? La distinción que establece Daly entre un "mundo vacío" y un "mundo saturado" proporciona la clave conceptual.²⁸ En el mundo vacío —el mundo del largo siglo XIX y de la expansión del capital impulsada por los combustibles fósiles—, la humanidad era pequeña en comparación con la biosfera. Los recursos, el espacio y los sumideros eran abundantes, y los principales factores limitantes eran internos: la escasez de capital, mano de obra y conocimientos técnicos. En un mundo así, la visión whig de la creación de riqueza a través de la industria tenía una base material plausible. La lógica de suma cero de los mercantilistas torjes parecía ser una reliquia de la escasez preindustrial.

Pero ahora vivimos en un mundo saturado. La magnitud del metabolismo humano ha superado la capacidad de regeneración y absorción de la biosfera. De los nueve límites planetarios identificados por Johan Rockström y sus colegas, siete —el cambio climático, la pérdida de integridad biológica, la acidificación de los océanos, la alteración de los flujos biogeoquímicos (nitrógeno y fósforo), el cambio en el sistema del suelo, el cambio en las aguas dulces y las entidades nuevas— se han traspasado. En un mundo así, cada nueva unidad de crecimiento conlleva una mayor presión sobre los sistemas naturales que ya se encuentran al borde del colapso.²⁹ Los límites ya no son internos a la economía, sino externos, biofísicos y absolutos. Como ha observado el propio Wrigley, la huida de la economía orgánica impulsada por los combustibles fósiles no supuso una superación permanente de los límites materiales, sino un respiro temporal, una reducción de las reservas geológicas que, una vez agotadas, nos devuelve a una situación estructuralmente análoga a la del mundo preindustrial, aunque en una Tierra empobrecida.³⁰

La expresión más clara de esta transición es la carrera por los minerales críticos. Estos minerales —litio, cobalto, níquel, cobre, tierras raras y neodimio— constituyen la base material de las transiciones energética y digital. Sin ellos, no habría paneles solares, ni aerogeneradores, ni vehículos eléctricos, ni teléfonos inteligentes, ni semiconductores. Su distribución geológica presenta una concentración asombrosa: la República Democrática del Congo aporta el 70 % del

²⁷ ↪ Ulrich Brand and Markus Wissen, *The Imperial Mode of Living* (London: Verso, 2021).

²⁸ ↪ Daly, *Beyond Growth*.

²⁹ ↪ Johan Rockström et al., "Planetary Boundaries: Exploring the Safe Operating Space for Humanity," *Ecology and Society* 14, no. 2 (2009); "Planetary Boundaries," Stockholm Resilience Centre, stockholmresilience.org.

³⁰ ↪ Wrigley, *The Path to Sustained Growth*.

cobalto mundial, China controla el 60 % de las tierras raras e Indonesia abastece el 40 % del níquel. En la fase de procesamiento, la concentración adquiere un carácter verdaderamente monopolístico: China procesa el 90 % de las tierras raras y más del 60 % del litio y el cobalto.³¹ La Agencia Internacional de la Energía prevé que, para 2030, la demanda de cada uno de los cinco principales minerales críticos será entre tres y catorce veces superior a la de 2021.³²

Hemos vuelto, en otras palabras, a un mundo que los primeros mercantilistas habrían reconocido: un mundo de recursos finitos y geográficamente concentrados por los que las grandes potencias compiten utilizando todos los medios a su alcance, incluida la fuerza. Al igual que en el siglo XVI España, Portugal, Inglaterra y otros países se disputaban el oro, la plata, las especias y los territorios del mundo colonial, las grandes potencias actuales se disputan el litio en Iberoamérica, el cobalto en el Congo, las tierras raras en China y la riqueza mineral sin explotar del Ártico. La propuesta de adquisición de Groenlandia por parte de EUA —desestimada por los comentaristas liberales como un absurdo «trumpista»— es, de hecho, una medida perfectamente racional dentro de esta lógica neoimperial: el Ártico, con su acelerado deshielo y sus vastas reservas minerales, es la nueva frontera colonial.

El Neomercantilismo como Imperialismo: La Ontología de Donald Trump

Sería un error considerar las guerras comerciales de Trump como una aberración irracional. Representan un retorno consciente a la tradición del neomercantilismo estadounidense de Alexander Hamilton y Henry Carey, una tradición que precede a la hegemonía liberal y que sustentó la industrialización de EUA a lo largo del siglo XIX.³³ El sistema de aranceles elevados de Hamilton, el mercantilismo social de Carey y la protección de las industrias incipientes de Friedrich List: todas ellas fueron estrategias empleadas por potencias emergentes para construir su base industrial tras muros de proteccionismo. Solo cuando la industria de EUA alcanzó el dominio mundial —tras la Segunda Guerra Mundial— se pasó Washington al libre comercio, tal y como había hecho Gran Bretaña un siglo antes.³⁴

Lo novedoso del neomercantilismo de Trump es que opera en la situación descrita por Daly de un "mundo saturado". No se trata de una potencia emergente que proteja a sus industrias incipientes, sino de una potencia hegemónica en declive que defiende su acceso a la base material de su modo de vida. La gran estrategia de EUA percibe a China como su competidor más importante —un país que se ha convertido en el centro de la manufactura mundial, pasando del 6 % de la capacidad industrial global en el año 2000 a una previsión del 45 % para 2030— y, lo que es más importante, se ha asegurado el control sobre las cadenas de suministro de minerales críticos que requiere la transición energética.³⁵

El proyecto "Hagamos de Nuevo Grandioso a EUA" (Make America Great Again) no es, por tanto, meramente proteccionista; es imperial en un sentido específico y con resonancias históricas. Su ontología —sus supuestos fundamentales sobre cómo funciona el mundo— se acerca más a la del mercantilismo colonial del siglo XVI que al internacionalismo liberal del orden de la posguerra. Considera el mundo como un espacio finito en el que los recursos tienen que ser acaparados, no compartidos; en el que el comercio es una lucha de suma cero, no un juego cooperativo;

³¹ ↪ International Energy Agency (IEA), Global Critical Minerals Outlook 2025 (Paris: IEA, 2025).

³² ↪ IEA, Energy Technology Perspectives 2023 (Paris: IEA, 2023), 130–45.

³³ ↪ Eric Helleiner, "Varieties of American Neomercantilism," *European Review of International Studies* 6, no. 3 (2019): 7–29.

³⁴ ↪ Erik S. Reinert, *How Rich Countries Got Rich and Why Poor Countries Stay Poor* (London: Constable, 2007).

³⁵ ↪ Bastiaan van Apeldoorn, Jasa Veselinovic, and Naná de Graaf, *Trump and the Remaking of American Grand Strategy* (Cham: Palgrave Macmillan, 2023); Zeno Leoni, *American Grand Strategy from Obama to Trump* (New York: Springer, 2021); United Nations Conference on Trade and Development, *Trade and Development Report 2023* (Geneva: UNCTAD, 2023).

y en el que el poder militar es el garante último de la prosperidad económica. La retórica de «Estados Unidos primero» supone una reversión a la forma más primitiva y brutal de la tradición imperial.

Tal y como argumenté en «La guerra por la energía», esta reacción puede entenderse, en el contexto de la crisis ecológica, como un intento de preservar el acceso privilegiado a los recursos estratégicos que históricamente han sustentado la hegemonía de EUA.³⁶ Lo que está en juego no es meramente una disputa comercial o tecnológica, ni un choque entre dos modelos de desarrollo. Se trata de una lucha por determinar quién tendrá acceso —y en qué condiciones— a los flujos de materiales, energía y finanzas que sustentan el metabolismo económico moderno. El conflicto entre las grandes potencias refleja una lucha por la distribución global de unos recursos escasos en un planeta cuya biocapacidad ya se ha superado con creces.

La derecha política entiende esto con considerable claridad. Puede que niegue la ciencia del clima, pero comprende las implicaciones geopolíticas de la crisis ecológica. Sabe que vivir según el modo de vida occidental requiere un flujo continuo de recursos naturales procedentes de otros países. También sabe que la degradación medioambiental y los conflictos seguirán enviando a seres humanos desesperados a las puertas del mundo rico. Lo que ofrece la derecha es una respuesta antidemocrática y contraria a los derechos humanos; una respuesta que es totalmente coherente con el darwinismo filtrado a través del discurso económico ultraliberal: el país-fortaleza, la militarización de las fronteras, la deportación masiva y la convicción de que quienes se quedan atrás merecen su destino.

Si bien Estados Unidos representa una manifestación especialmente explícita de este giro neomercantilista, no es el único caso. La estrategia de China de asegurarse el control de las fases iniciales de la cadena de suministro de minerales críticos y el dominio de las fases finales en la manufactura, así como el impulso de la Unión Europea hacia la «autonomía estratégica», reflejan presiones estructurales similares. En todos los casos, la reorganización de la producción mundial se ve cada vez más condicionada por la necesidad imperiosa de garantizar el suministro de insumos materiales en un contexto de restricciones ecológicas cada vez más estrictas.

Más allá de la Fortaleza: el Ecosocialismo

Esta trayectoria apunta a una única conclusión ineludible: el juego de suma positiva ha llegado a su fin. Las situaciones materiales que lo hicieron posible —la abundante energía fósil, las tierras coloniales abandonadas y los sumideros planetarios sin saturar— se han agotado. La lógica de suma cero de los primeros mercantilistas ha regresado, no porque su visión del mundo fuera correcta en un sentido atemporal, sino porque las situaciones biofísicas del siglo XXI se asemejan más a las del mundo preindustrial que a las de la anomalía impulsada por los combustibles fósiles que las separaba. Como ha insistido Wrigley, la huida de la economía orgánica fue un acontecimiento único e irrepetible en la historia de la humanidad, no una situación permanente.³⁷

Pero esto no significa que la única respuesta posible sea la fortaleza. El giro neomercantilista de las grandes potencias es una respuesta de clase —la respuesta del Capital y de los Estados que le sirven— a una crisis que exige una respuesta radicalmente diferente. Lo que Foster ha denominado «decrecimiento planificado» apunta hacia la alternativa: no más crecimiento, sino una reducción deliberada del consumo de recursos materiales en los países ricos; no más acumulación, sino una redistribución de la energía, los materiales y el espacio ecológico que aún quedan.³⁸ Esto

³⁶ ↪ Alberto Garzón, *La guerra por la energía: Poder, imperios y crisis ecológica* (Madrid: Península, 2025 [2nd ed.]).

³⁷ ↪ Wrigley, *The Path to Sustained Growth*.

³⁸ ↪ John Bellamy Foster, «[Decrecimiento Planificado: Ecosocialismo y Desarrollo Humano Sostenible](#)», - Jus Semper, septiembre 2023.

requiere nada menos que una reorganización del metabolismo social: una transformación en la que la base material de la producción y el consumo se ajuste a las capacidades regenerativas del Sistema Tierra. Dicha transformación no puede lograrse únicamente mediante los mecanismos de mercado, ya que el sistema de precios es estructuralmente incapaz de registrar los límites biofísicos; requiere una planificación democrática a todas las escalas, desde la local hasta la planetaria.

La elección, por tanto, no se plantea entre el crecimiento y el decrecimiento, ni entre la democracia y el autoritarismo en abstracto. Se trata de elegir entre dos modos de gestionar el mundo en su conjunto. El primero es el modelo de explotación, expropiación, exclusión y fortificación —el modelo de Trump, de Elon Musk y de la derecha imperialista—, que conduce a lo que el Global Scenario Group ha denominado el "mundo fortaleza": una respuesta autoritaria a la crisis ecológica, en la que las élites gestionan el declive mediante la violencia, mientras que las mayorías quedan relegadas al páramo de un planeta degradado. El segundo es un modo de redistribución, planificación democrática y restauración ecológica. Esto es lo que podríamos denominar ecosocialismo: una sociedad que organiza su metabolismo dentro de los límites del Sistema Tierra, distribuyendo la riqueza material restante según las necesidades humanas en lugar de según la lógica de la acumulación. En el ámbito internacional, esto implica una auténtica cooperación Sur-Sur, una renegociación radical de las condiciones del intercambio ecológico y el reconocimiento de que los recursos finitos del planeta tienen que compartirse de manera que se garanticen los derechos humanos materiales para todos, en lugar de reproducir los patrones de consumo insostenibles del Norte Global.

La gran transición que necesitamos no es un giro moral o cultural desconectado de las situaciones materiales. Tiene que ser una transformación radical de las relaciones de poder que organizan la distribución de la energía, el territorio y el tiempo. Se trata, en última instancia, de decidir si nos organizaremos para garantizar la vida o para afianzar los privilegios. Porque si no nos enfrentamos colectivamente a la lógica de la fortaleza, lo que nos espera no es un colapso descontrolado, sino un futuro cuidadosamente administrado por la barbarie.

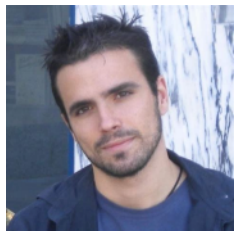


Vínculos relacionados:

- La Alianza Global Jus Semper
- Monthly Review
- Alberto Garzón Espinosa: [Los límites del crecimiento: ecosocialismo o barbarie](#)
- John Bellamy Foster: [Civilización Ecológica, Revolución Ecológica](#)
- John Bellamy Foster: [Decrecimiento Planificado: Ecosocialismo y Desarrollo Humano Sostenible](#)
- John Bellamy Foster: [La Ideología MAGA y el Régimen Trump](#)
- John Bellamy Foster: [La Doctrina Trump y el Nuevo Imperialismo MAGA](#)
- John Bellamy Foster: [La Clase Dirigente de EUA y el Régimen Trump](#)
- Brett Clark y John Bellamy Foster: [Introducción a la Edición Actualizada de «El Intercambio Desigual», de Arghiri Emmanuel](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [Decrecimiento y florecimiento, o seguir igual y perecer en el trayecto](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [Geocracia, el paradigma que va en pos del bienestar de la gente y el planeta y no del mercado](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [El Secuestro de la Democracia para Imponer a la Mercadocracia —Por qué la Democracia es un Engaño](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [La Insoportable Falta de Conciencia de Nuestra Crisis Ecológica Existencial](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [Mercadocracia y el Secuestro de la Gente y el Planeta](#)

❖ **Acerca de Jus Semper:** La Alianza Global Jus Semper aspira a contribuir a alcanzar un etos sostenible de justicia social en el mundo, donde todas las comunidades vivan en ámbitos verdaderamente democráticos que brinden el pleno disfrute de los derechos humanos y de normas de vida sostenibles conforme a la dignidad humana. Para ello, coadyuva a la liberalización de las instituciones democráticas de la sociedad que han sido secuestradas por los dueños del mercado. Con ese propósito, se dedica a la investigación y análisis para provocar la toma de conciencia y el pensamiento crítico que generen las ideas para la visión transformadora que dé forma al paradigma verdaderamente democrático y sostenible de la Gente y el Planeta y NO del mercado.

❖ **Acerca del autor:** Alberto Garzón Espinosa es investigador del Instituto de Ciencias y Tecnología Ambientales de la Universidad Autónoma de Barcelona (España) y ocupó el cargo de ministro de Consumo en el Gobierno de España (2020-2023).



❖ **Acerca de este trabajo:** Este artículo se publicó originalmente en inglés por Monthly Review en julio-agosto de 2026.

❖ **Cite este trabajo como:** Alberto Garzón Espinosa: El Imperialismo en un Mundo Saturado: el Neomercantilismo y el Retorno del Juego de Suma Cero — La Alianza Global Jus Semper, septiembre de 2026. Este artículo ha sido publicado bajo Creative Commons, CC-BY-NC-ND 4.0.

Se puede reproducir el material para uso no comercial, acreditando al autor y proporcionando un enlace al editor original.

❖ **Etiquetas:** Capitalismo, Democracia, Ecología, Agricultura, Ecología marxista, Economía política, Teoría económica, América, Estados Unidos, Asia, Japón, Europa.

❖ La responsabilidad por las opiniones expresadas en los trabajos firmados descansa exclusivamente en su(s) autor(es), y su publicación no representa un respaldo por parte de La Alianza Global Jus Semper a dichas opiniones.



Bajo licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional.

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

© 2026. La Alianza Global Jus Semper – Boletín Jus Semper, (ISSN: 3071-6012)
Portal en red: https://www.jussemper.org/Inicio/Index_castellano.html